

PUBLICADA EN LA
REVISTA "DESTINO"
DE BARCELONA EL
6 DE JULIO DE 1940

INQUIETO ante la inminencia de un radical reajuste del mapa del mundo, el Senado norteamericano—halcón, siempre en vuelo, de la cetrería yanqui—acaba de aprobar, por setenta votos contra cero, un proyecto de resolución en el que se declara que los Estados Unidos no reconocerán la cesión de territorios del hemisferio occidental «por parte de una potencia no americana a otra potencia no americana». El proyecto—informan las Agencias—pasará ahora a la Cámara de los Representantes donde se cree que será también aprobado por unanimidad.

He aquí una noticia que, en esta torrentera actual de grandes sensaciones, no puede dejar indiferente al lector español. Porque ¿cómo podríamos silenciar nuestra voz en problemas que afectan de lleno al porvenir de naciones con las que, por designio de Dios, compartimos un alma?

No lo olvidemos. En el alboreo dramático de toda una Era, una razón inexorable nos prohibe cualquier cómodo o cobarde encogimiento de hombros: «*España*—reza, altiva y creyente, nuestra Falange en el tercero de los puntos que constituyen su credo—*alega su condición de eje espiritual del mundo hispano como título de preeminencia en las empresas universales*». Forzosamente, pues, tenemos que enfrentarnos con aquellas contingencias que, en lo que atañen a América, pueden derivarse del resultado final de la lucha en que se debaten Alemania e Italia y los Imperios francés, inglés y holandés.

Ocupan éstos en el Nuevo Mundo una enorme extensión de tierras feraces y riquísimas. Y así se da el caso de que mientras la nación que rescató para Cristo todo un Continente no es dueña ya en él de un solo palmo de suelo donde, como una añoranza, ondee su bandera, las tres potencias europeas que con mayor ter-

quedad socavaron su obra detentan allí todavía territorios que, en conjunto, suman (sin contar Canadá y Terranova) más de 570.000 kilómetros cuadrados. ¿Qué suerte reserva el inmediato futuro a estas posesiones?

Por de pronto, los Estados Unidos, en nombre del siempre provechoso subterfugio monroista—que no les impide inmiscuirse en los asuntos de Europa—salen al paso de cualquier supuesta pretensión alemana, sin duda atemorizados ante la simple idea de encontrarse en la amena vecindad del más terrible enemigo con que ellos tendrían que enfrentarse en un mañana más o menos lejano.

Ahora bien; nada aconseja dar por bueno el augurio de que Alemania pretenda suplantar en América a los probables Imperios vencidos. Recientes y terminantes declaraciones del Führer echan por tierra, además, semejantes especulaciones gratuitas.

¿Qué es lo que se oculta, pues, tras esos previsores afanes de intangibilidad continental a los que antes hicimos referencia?

Siglo y medio de historia reciente es el mejor candil que puede alumbrar nuestras dudas. Siglo y medio en que hemos visto a una poderosa democracia extender—sin demasiadas contemplaciones morales—sus tentáculos sobre la carne viva de las Españas de América. Siglo y medio de acorralamiento económico de naciones más débiles.

Uno piensa con justo recelo si los países aliados no se verán obligados a vender sus colonias a quien hoy acapara, por si no fuese bastante ya el suyo, todo el oro poltrón que ha escapado de Europa. Y ante esa mera posibilidad nos alzamos para gritar a nuestros hermanos de América: ¡No lo consintáis! ¡Ni una sola pulgada más de tierra comprada con el metal amarillo! Precisamente, si la contienda actual—de la que fuimos los primeros protagonistas—tiene algún significado ante la Historia, ese significado no es otro que el siguiente: las patrias se ganan y engrandecen con la fe y con la sangre y con vigilias febriles; las patrias, en cambio, se pierden con la áurea molicie y nunca, nunca se adquieren con tesoros...

Además, «aquello» ni se vende ni puede venderse. Las colonias que, hoy como antaño, son espejuelo de turbios apetitos tienen todas recio abolengo hispano y la categoría de tierras irredentas. De aquí que, ante la liquidación de un mundo viejo, España tenga autoridad para sugerir a las naciones que como a Madre le atienden, una solución que les sea beneficiosa desde el punto de vista de sus comunes intereses espirituales, históricos y materiales.

Y dicha solución, sencillamente, es ésta: QUE LAS NACIONES DE CENTRO Y SUR AMERICA RECLAMEN CONJUNTAMENTE PARA SI, COMO HEREDERAS LEGÍTIMAS DEL IMPERIO ESPAÑOL, LAS TIERRAS QUE EN AQUEL CONTINENTE FRANCIA, HOLANDA E INGLATERRA ARREBATARON A ESTE.

¡Ha llegado la hora en que seculares injusticias han de ser reparadas! Devueltas Belice a Guatemala y las islas Malvinas a la República Argentina, las restantes naciones hispanas acogerían en su seno—conforme a un criterio geográfico e histórico—los demás dispersos dominios americanos de Inglaterra, Francia y Holanda. ¿Curaçao a Venezuela? ¿Jamaica a Cuba? ¿La Guayana al Brasil? La emoción — una intensa emoción española — nos invade al escribir estas líneas, tan sólo pensando en el rescate... Esto es, pensando que Trinidad, Guadalupe, Monserrat y tantos otros nombres evocadores de entrañables devociones del viejo solar puedan ser de nuevo regidas por gentes de nuestra habla.

España—nótese bien—nada pide, nada reclama para ella, todo en cambio lo exige para aquellos pueblos de su raza y estirpe.

Y porque esto es así y no de otro modo, con claridad meridiana podemos proclamarlo a la rosa de todos los vientos: Queremos devolver a la Hispanidad su conciencia unitaria. Eso y nada más. Pues a nosotros nos basta el saber que la Patria—esa gran Patria española que hemos rescatado con sangre—está hoy más que nunca presente en América, con viva presencia de inteligencia y de amor.

FERNANDO M.ª CASTIELLA
Catedrático de Derecho Internacional

Madrid, 18 de Junio de 1940.